

A mi abuelo... y toda su generación



El frente – Tríptico de guerra, Aurelio Arteta.

*«Aprendió cada uno de ellos a conocerse
conociendo al otro».*

Miguel de Unamuno, Abel Sánchez.

*«Se cambiarán de sitio nuestras llagas,
nos dolerá otra carne...».*

León Felipe, La insignia.

NOTA DEL AUTOR

Tiempo ha que me rondaba la idea de escribir una historia ambientada en el País Vasco; supongo que debido a mi nombre, a mi nacimiento en Barakaldo, a mi primer año de vida en Durango, o a las navidades que de niño pasaba en Bilbao. Sin embargo, fue en mi último regreso a aquellas tierras, hace unos años, cuando se impuso con fuerza dicho proyecto.

Y sucedió así por otra obsesión, la de rastrear los pasos de mi abuelo materno durante la Guerra española. Sabía que había luchado en el frente vasco y que estuvo en la defensa del famoso «Cinturón de Hierro» bilbaíno. Después, con la caída de la ciudad, había intentado escapar hacia Castilla, y lo habían capturado.

Unidas ambas intenciones, y desde la cima del monte Artxanda, decidí lo que debía escribir. Eso sí, se me ocurrió que debía contar con una tercera pata: el formato de un *western*. ¿Que por qué? Porque las guerras son el «territorio de la frontera», de la soledad existencial, de las preguntas esenciales sobre la supervivencia; donde las pasiones básicas como el rencor o la camaradería se convierten rápidamente en acción. En una guerra (como en lo mejor de un *western*) se da la ocasión para desplegar ante nosotros el espejo de nuestra condición humana, su peor y su mejor versión: lo más primario de nuestra esencia a flor de piel.

De modo que tenía mi tierra de nacimiento, tenía el tono, y tenía a mi abuelo, quien «contaba sus batallas» sin resentimiento. Y eso era lo importante. Él, a pesar de la cárcel, de la amenaza diaria de muerte, o, después, de su retorno a la vida civil como alguien «señalado», jamás demostró una pizca de

odio. ¡Más bien al contrario! Puede que solo hablase de aquello para exorcizar, para superar el trauma, pero de ningún modo para revivirlo. Y me consta que cultivó amistades de toda índole: el auténtico «espíritu de la Transición».

Con dicho ánimo concebí esta obra, con la Guerra Civil como lugar, no ideológico sino humano. Y con tristeza por ver cómo, 90 años después, el trauma no parece superado; al menos para aquellos que intentan crisparnos desde su sesgada ignorancia. ¿Con qué fines políticos?, ellos sabrán. Los auténticos protagonistas (da igual el bando) nos dieron una lección cada vez que recordaban sin revancha. Al menos es lo que viví con mi abuelo, que además tuvo que lidiar con un hermano en la otra trinchera (literalmente).

Esta es la historia de un país roto por el odio, que muchos no deseamos repetir. Una historia para acercarse a ella sin prejuicios, sabiendo que sus personajes no hablan desde nuestra actualidad, sino como hace nueve décadas, de acuerdo a sus circunstancias. Lo único transportable a nuestros días (si acaso) es la radiografía del rencor. Un retrato por desgracia imperecedero, ya que los seres humanos nos obsesionamos a menudo con subrayar los desencuentros, en lugar de compartir el sufrimiento que nos une.

Ah, una última cosa, amigo lector: apelo a tu benevolencia para que entiendas la dificultad de llevar a las tablas acontecimientos de tan enorme magnitud, en los que estuvieron implicados una gran cantidad de escenarios y de personas. El teatro, no obstante, nació en la modestia de intentar reproducir en contados metros y con escasos protagonistas la intensidad de la Historia (con mayúsculas). No sin osadía, he intentado hacer lo mismo. Y está en tu juicio, si así lo deseas, valorar en qué medida lo he logrado.